Guerra contra Napoleon pag.ª 251

ALVAREZ DEFENSOR DE GERONA

CAPÍTULO X.

Decreto de la Junta Central sobre convocacion á Córtes.—Sucesos militares en Aragon.—Acciones de María y de Belchite.—Cataluña: defensa de Gerona.—Estremadura.—Batalla de Talavera.—Batalla de Almonacid.

MANIFESTADO el éxito que tuvo la guerra hasta el mes de Agosto de 1809 en las dos provincias de Asturias y Galicia, éxito que correspondió tan mal á la arrogante confianza con que las invadieron los franceses, tiempo es ya de referir lo que medió entre tanto en las demas provincias del reino.

Seguia la Junta Central en Sevilla; y aunque siempre acatada y obedecida, estaban, con todo, desunidos sus individuos, sobre puntos capitales de gobierno, y especialmente sobre convocacion á Córtes, medida á que siempre se opuso su primer presidente el conde de Floridablanca, cuya opinion heredaron y sostenian algunos vocales: la mayoría empero la contemplaba justa y conveniente; y por último se resolvió, y anunció al público en 22 de Mayo, aunque de

un modo poco esplícito; debiendo convocarse para el año siguiente, ó antes si las circunstancias lo permitiesen.

Por lo que hace á los sucesos militares, despues de tomada Zaragoza, se apoderaron los franceses en Aragon del castillo de Monzon y de la plaza de Jaca; habiendo evacuado el primero la tropa española, así como los vecinos el pueblo á principios de Marzo, y rindiendo la segunda el 21 del mismo su gobernador D. Francisco Campos, por no tener fuerzas ni medios para defenderla. Quisieron igualmente apoderarse de Mequinenza, pequeña y mal murada plaza con un castillo de poca resistencia: tres veces lo embistieron, y fueron rechazados.

Mandaba por entonces las armas francesas el mariscal Suchet, que habia sucedido á Junot, y juzgaba que los españoles, decaidos de ánimo con la rendicion de Zaragoza y mas descalabros que habian sufrido, le dejarian bastante vigor para restablecer la disciplina militar, bastante relajada en el ejército de su mando, cuya medida era tanto mas necesaria, cuanto que habiéndose trasladado á Castilla el quinto cuerpo, solo le quedaba el tercero, y este bastante disminuido por las grandes pérdidas que habia esperimentado. Pero no contaba con el teson inflexible de los españoles. La Junta Central, entre otras medidas, habia mandado á mediados de Abril formar un ejército llamado de Aragon y Valencia, cuyo mando confirió á D. Joaquin Blake, y que debia componerse de unos 4 á 5.000 hombres de la division de Lazan, que se hallaba en Tortosa, y de la tropa de Valencia.

Andaban discordes en esta provincia las autoridades, y por esta razon solo auxilió á Blake con ocho batallones. Se ocupó al principio el general en disciplinar y adiestrar su gente; pero no tardó mucho en hostilizar al enemigo, proporcionándole una buena ocasion el levantamiento de los aragoneses contra sus opresores. La villa de Albelda se negó á pagarles las contribuciones que la exigian. Enviaron contra ella alguna fuerza los enemigos; pero sostenidos sus vecinos por 700 hombres que en su auxilio habian llegado de Lérida, batieron en Tamarite á los franceses, los cuales se recogieron á Barbastro, escepto 200 hombres que se metieron en Monzon: mas tambien se alborotó su vecindario y les obligó á desocupar la villa. La atacaron luego con fuerza mayor; pero ya la ocupababa D. Felipe Perena con una corta fuerza, con la cual, sin embargo, los rechazó: volvieron á acometer el dia siguiente, y aun consiguieron entrar en Monzon; pero llegó oportunamente D. Juan Baget, que desde Lérida habia venido con Perena y se hallaba en Fonz, y se vieron precisados á huir despues de haber perdido mucha gente. Insistieron todavía en hacer entrar al país en su obediencia, y enviaron un refuerzo de 2.000 hombres procedentes de Barbastro, que caminaban por la opuesta márgen del Cinca: crecieron las aguas de este rio, y no pudiendo reunirse con los que estaban á la otra orilla, tuvieron estos últimos que rendirse en número de 600, despues de varias tentativas inútiles para pasar el rio y unirse á sus compañeros.

Sucedió esto el dia 21 de Mayo. Blake habia em-

pezado á moverse de Tortosa el 7 del mismo mes: el 18 se acercó á los puntos que ocupaba una division enemiga, y el general Laval, que la mandaba, tuvo que desocupar á Alcañiz, donde tenia sus reales. Con estas noticias salió Suchet de Zaragoza con alguna fuerza, que reunida á la de Laval, componia un total de 8.000 hombres, inclusos 600 de caballería. La misma fuerza reunia el general español, aunque la caballería no era tan numerosa, pues no llegaban los caballos á 500. Apostado junto á Alcañiz, esperó á los franceses en órden de batalla, cuya derecha mandaba D. Juan Cárlos de Areizaga, la izquierda D. Pedro Roca y el centro el mismo Blake. Presentáronse los franceses, y se replegó nuestra vanguardia. Se empeñaron en tomar la ermita de Fornoles, en la derecha de nuestro ejército, arremetiendo por dos lados contra el cerro en que está situada, y como encontrasen grande resistencia, destinaron á tomarla 900 granaderos, que tambien fueron rechazados: insistió Suchet en apoderarse de la ermita, reiteró las embestidas, pero nada consiguieron sus soldados. Acometieron la izquierda y el centro con resolucion y bravura, tanto que llegaron al pié de las baterías; pero los contuvo nuestra fusilería y artillería, y aun retrocedieron en desórden. Se retiraron escarmentados, y los nuestros los persiguieron por algun tiempo. Perdieron 800 hombres, quedando herido Suchet, y los nuestros de 200 á 300. Siguieron su retirada por la noche, tan amedrentados, que con la voz de que venian los españoles, empezaron á correr á cual mas podia. Por fin, desengañados, pudo

reunirlos Suchet, y con ellos entró en Zaragoza el dia 6 de Junio, frustradas sus esperanzas de que los españoles no le incomodarian en mucho tiempo, por considerarlos desanimados y abatidos. Mas no por eso dejó de prevenirse para en adelante, aprovechando el tiempo que le dejaba su antagonista, el cual por su parte se ocupaba en ejercitar su gente, animada ya con el buen éxito de la batalla de Alcañiz. Al mismo tiempo recibió socorros en dinero de la Junta Central, y tropas y otros auxilios de la junta de Valencia.

Molestaban tambien por su parte los partidarios á Suchet, y ademas el espíritu de los naturales del país le tenia muy receloso. Sobre todo llamaban su atencion los proyectos de Blake, y espiaba con cuidado sus intenciones y movimientos. Supo que se adelantaba, y salió á recibirle. Llevaba Blake 17.000 hombres, y Areizaga, que mandaba una division, se apoderó de un convoy de víveres que conducian los enemigos, y los ahuyentó, sin que pudiese impedirlo otra division francesa que lo intentó, y que antes bien tuvo que replegarse. Sin embargo, Suchet estaba resuelto á dar una batalla: tenia consigo 12.000 hombres, y esperaba refuerzos. Llegó Blake el dia 15 á María con 12.000 hombres, pues los otros 5.000 estaban apostados en Botorrita al mando de Areizaga. Permanecieron los dos ejércitos uno enfrente de otro: rompió el francés el fuego luego que le llegaron los refuerzos que esperaba, que fué á las dos de la tarde. Repelieron los nuestros al enemigo varias veces; pero su caballería logró arrollar á la nuestra, menos

numerosa y no tan bien equipada. Se mantuvo sin embargo la infantería sin titubear, sostenida por el mismo general en jefe y por Lazan y Roca. Mas al fin aflojaron algunos batallones, y entró el desaliento en el ejército: descendieron precipitadamente los soldados de unas lomas que ocupaban, atascóse la artillería, se perdieron 15 cañones, y cayeron prisioneros el general Odonojú, que mandaba la caballería, y el coronel Menchaca. No tomaron parte en la pelea los 5.000 hombres que mandaba Areizaga, situados en Botorrita, lejos del campo de batalla: si hubieran estado presentes, probablemente la victoria se hubiera declarado por los españoles. Como quiera, se retiraron estos sin ser perseguidos por los franceses, y se reunieron con los de Areizaga en Botorrita, donde pensaba Blake esperar todavía á los enemigos; pero sabedor de que se acercaban, acaso mas pronto de lo que él creia, se retiró.

Bajó notablemente el ejército de Blake, por los muchos soldados que murieron y se dispersaron en la accion de María, siendo lo peor que la tropa ya no se hallaba con el aliento que la habia infundido la victoria de Alcañiz: por el contrario, el ánimo de los franceses se habia levantado con las ventajas posteriores que habian obtenido. A pesar de todo, empeñábase imprudentemente Blake en pelear; y seguido por Suchet, se encontraron los dos ejércitos en Belchite, donde el general español aventuró otra batalla. En ella pelearon los nuestros con valor y serenidad; pero habiéndose incendiado dos ó tres granadas, y cayendo una, que arrojó el enemigo, en

medio de un regimiento, empezaron á desordenarse y arremolinarse los soldados, se difundió el espanto por todos los cuerpos, y el ejército se desbandó, manteniéndose solamente firmes en sus puestos el general en jefe, Lazan y Roca. Pocos fueron los muertos y prisioneros, pero se desconcertó, y se puede decir que se disipó un ejército, cuya formacion habia costado tanto tiempo y tanto gasto, y que conservado con prudencia, pudiera haber hecho grandes servicios.

Los dispersos tomaron varias direcciones: la division de Lazan se dirigió á Tortosa, la de Valencia á Morella y San Mateo, y otros cuerpos hácia otros puntos. El mismo dia de la batalla, que fué el 18 de Junio, avanzaron los franceses hasta Alcañiz, se distribuyeron por varios lados, y Suchet volvió á Zaragoza. El general Blake entró en Tortosa, desde donde acudia, como podia, á las exigencias de la guerra en Cataluña, que la Junta Central habia sometido tambien á su mando militar.

Continuaban en aquel principado las guerrillas y los somatenes: sobre todo habia un grande empeño en los catalanes y en las tropas por apoderarse de Barcelona. Con este objeto se formó un proyecto, que descubierto por los enemigos, costó la vida en la ciudad á varios de sus autores: y es notable la firmeza de un mozo del comercio, que apellidado traidor por el general francés, le respondió: "el traidor es V. E. que con capa de amistad se ha apoderado de nuestras fortalezas." Se llamaba Juan Massana. Pero el hecho mas distinguido por este tiempo fué la

defensa de Gerona, que formará siempre una de las páginas mas célebres de la historia de la guerra.

Se habia defendido esforzadamente Gerona por dos veces, como hemos visto, en los meses de Junio y Julio del año anterior. Pesábales á los franceses la resistencia tan decidida de una plaza que reputaban por de muy poca defensa. Eralo en efecto, porque rodeada de una antigua muralla, y dominada por los fuertes levantados en las alturas que la circundan, perdidos estos, especialmente el de Monjuich, por la parte que mira á Francia, debian suplirlo todo los pechos de sus defensores. Afortunadamente eran de bronce; particularmente el del valiente é indomable gobernador de la plaza D. Mariano Alvarez, cuyo nombre resonará siempre con gloria en los fastos españoles y en la historia universal.

Tal cual era la plaza en sí, se necesitaban 12.000 hombres para defenderla del modo que cabia; y sin embargo contaba la guarnicion poco mas de la mitad, pero llena de valor y de entusiasmo. Armáronse tambien ocho compañías, que se componian de los vecinos de la ciudad, inclusos los eclesiásticos seculares y regulares, y las cuales ayudaron á los soldados con valor y constancia inimitables. Formaron tambien las mujeres una compañía que se llamó de Santa Bárbara, destinada á conducir víveres y municiones á los combatientes, y á recoger y asistir á los heridos. El alma de todo era el gobernador, pero ayudábanle tambien el teniente de Rey D. Juan Bolivar, y los coroneles de artillería y de ingenieros D. Isidro de Mata, y D. Guillermo Minali, el intendente

D. Cárlos Beramendi, y en general todos los oficiales, y cuantos estaban á sus órdenes.

Presentáronse los franceses delante de la plaza el dia 6 de Mayo. Apenas lo supo Alvarez impuso pena de la vida al que hablase de rendirse ó de capitular. Como era tan reducida la guarnicion, no pudo impedirles los trabajos del sitio ni hacer frecuentes salidas: hubo sin embargo varias, á que ayudaban los paisanos de las inmediaciones. El dia 31 desalojaron los enemigos á los nuestros de la ermita de los Angeles, que defendieron hasta que no pudieron mas. A principios de Junio quedó enteramente cercada la plaza por 18.000 hombres. El dia 12 se presentó un parlamentario intimando la rendicion; el gobernador le despachó advirtiéndole que recibiria en adelante á cañonazos á los enviados de los enemigos de su patria: era Alvarez castellano viejo. Empezó el enemigo el bombardeo en la noche del 13 al 14: en este dia se incendió y quedó destruido el hospital general donde se custodiaban muchos artículos necesarios. No por eso desmayaban los defensores: acudió cada uno á su puesto con puntualidad; no menos que los hombres, las jóvenes de la compañía de Santa Bárbara. En el mismo dia 14 al amanecer acometieron los franceses las torres de San Luis y San Narciso, causaron en ellas mucho estrago y tuvieron que abandonarlas los españoles el dia 19; por la misma razon evacuaron tambien el dia 21 la de San Daniel. La noche del 14 al 15 se apoderaron del arrabal de Pedret, fuera de la puerta de Francia, y se atrinchera-

ron en él, pero hicieron los nuestros una salida y los arrojaron del arrabal.

En esto llegó al campo enemigo el general Saint-Cyr, y con la tropa que llevó consigo se reunió delante de Gerona un ejército de 30.000 hombres. Al salir la aurora el dia 3 de Julio empezaron á atacar el castillo de Monjuich con un crecido número de cañones de grueso calibre y algunos obuses. Causaron mucho destrozo en el castillo; pero su guarnicion, compuesta de 900 hombres mandados por D. Guillermo Nash, no por eso se arredraba. Estaba enarbolada la bandera española en un punto que se desmoronó á los golpes repetidos de las balas de cañon; cayó al foso, y entonces el subteniente D. Mariano Montoro bajó al foso, la subió, y la volvió á colocar en el muro. El dia 4, á las diez y media de la noche, dieron el asalto los enemigos con el mayor coraje, pero fueron rechazados valerosamente. Le repitieron el dia 8 con mas furia por tres veces, y sucedió lo mismo: le asaltaron por cuarta vez, y tuvieron que desistir y retirarse despechados despues de haber quedado herido el coronel Muff que los capitaneaba, y de haber perdido 2.000 hombres, con 66 oficiales heridos, y 11 muertos de la misma clase. Se voló aquel dia la torre de San Juan, sita entre la plaza y Monjuich, y perecieron casi todos los españoles que la defendian: esta desgracia acibaró el placer que habian recibido los nuestros con el escarmiento de los enemigos.

Vista por los franceses la defensa obstinada de Gerona y calculando que se prolongaria por mucho tiempo, se propuso el general Saint-Cyr privarla de

todo auxilio. Con este fin acometió y tomó, no con poca sangre, á San Feliú de Guisols y á Palamós; y el dia 12 destinó una brigada contra los somatenes y partidas que hormigueaban desde Hostalrich hasta Gerona, y otras tropas para que operasen entre Figueras y la raya de Francia. De este modo pudo impedir que fuese socorrida la plaza. Lo intentó el irlandés D. Rodulfo Marshall, enviado con un convoy por las autoridades de Cataluña, pero fué descubierto, y Saint-Cyr se apoderó del convoy, salvándose solamente Marshall con algunos de los que le acompañaban.

Proseguian infatigables los sitiadores sus obras contra Monjuich, aunque abrasados por el fuego de los nuestros. El dia 31 murió un gran número de ellos en la torre de San Luis que se voló por una bomba arrojada de la plaza, y otros por una salida que hicieron los nuestros desde el castillo. El dia 3 de Agosto quisieron, pero no pudieron, apoderarse del rebellin del frente del ataque: lo consiguieron empero al dia siguiente pereciendo 50 hombres de los 800 que le defendian. Viendo entonces el gobernador de Monjuich que no podia defenderse por mas tiempo, muertos ya 18 oficiales y 511 soldados, y estando casi todos los demas heridos, inutilizó la artillería y las municiones y abandonó el castillo. Diez y nueve baterías habian levantado los franceses contra Monjuich; abrieron en él diferentes brechas, estuvieron atacándole dos meses, murieron mas de 3.000, y solo se hicieron dueños de unas ruinas que dejaron desamparadas los españoles.

Privada la plaza del baluarte de Monjuich se podia defender muy mal por aquella parte, que cerraba una muralla débil, y amparaban muy pocos fuegos: así, juzgaban los franceses que se rendiria dentro de pocos dias. Por esta razon no se habian apresurado á levantar muchas baterías. Levantáronlas despues, viendo que la plaza no daba señales de ceder, y empezaron á hacer fuego el dia 19 contra la muralla de San Cristóbal y la puerta de Francia. Estaban prevenidos los sitiados por la parte de dentro, y no se atrevieron á acometerles los sitiadores, temerosos de pelear dentro de la ciudad: suspendieron pues el ataque contra la puerta, se dirigieron contra la de San Cristóbal y contra la muralla de Santa Lucía, que era el sitio mas alto y débil de la plaza, y causaron por aquel lado un destrozo horrible.

El dia 25 intentaron ocupar las casas de la Gironella; pero haciendo los nuestros una salida se los impidieron, mataron algunos y cogieron varios prisioneros. Mas no era posible hacer con frecuencia estas salidas de la plaza, disminuida ya en gran parte su corta guarnicion con las bajas que ocurrian diariamente, y que no se llenaban con los patriotas que de su voluntad se introducian á escondidas en la ciudad, pues apenas habia bastante gente para cubrir los puestos necesarios. Sin embargo, á todo proveía el infatigable y entendido gobernador, firme en el propósito de no capitular con el enemigo, ni retroceder jamas delante del peligro por grande que fuese: *al cementerio*, respondió á un oficial encargado de una salida, que le preguntaba adónde se dirigiria en caso de retirarse. No se descuidó tampoco en pedir socorros varias veces y por diferentes conductos. Se encargó de proporcionárselos el general Blake, quien por medio de un movimiento bien combinado y ejecutado por D. Enrique Odonnell, D. Manuel Llauder y otros jefes y partidarios, burló las precauciones de Saint-Cyr, acometió y deshizo varios cuerpos enemigos, muriendo muchos franceses, entre ellos el general Hadeln á manos de un miguelete, y logró por último que entrase en la plaza un convoy de 2.000 acémilas, que iban custodiando 4.000 infantes y 2.000 caballos al mando del general D. Jaime García Conde, quien habiendo dejado en la plaza 3.300 hombres, se restituyó con los demas á Hostalrich.

No suspendieron por eso los franceses los trabajos del sitio ni sus acometidas. Volvieron á tomar el dia 6 de Setiembre la ermita de los Angeles, recuperada por Llauder cuando vino el convoy, y mataron á cuantos la ocupaban, menos á tres oficiales y al mismo Llauder, que saltó por una ventana. El dia 11 de Setiembre repitieron el fuego y agrandaron tres brechas que habia ya abiertas. Hicieron los nuestros una salida que no tuvo consecuencias. Dispusieron los enemigos dar el asalto; pero enviaron primero parlamentarios á intimar la rendicion: Alvarez los recibió á metralla, porque sus amenazas no eran meras palabras. Exasperados con esto los franceses, quisieron asaltar la plaza divididos en cuatro columnas de á 2.000 hombres cada una. El gobernador lo tenia todo dispuesto para recibirlos: á su recibimiento acudieron, al toque de generala y de campa-